

verdadero esfuerzo para no desahogarse, para no dejar fluir la ola de amontonado rencor que en el corazón tenía. Florencio chocaba con todos sus instintos, la ofendía, la espantaba, la hacía verdaderamente desgraciada. Todavía murmuró:

—Un hombre que ha tenido las más asquerosas aventuras, que ni siquiera ha sabido crearse un hogar propio... Comprendo que quiera tiros... Que vaya a buscarlos si le gustan, pero que deje a las personas decentes con su familia... ¡Además, no me agrada, clarito! Por la noche, en la mesa, apesta a pescado. Ese olor no me deja comer. El, en cambio, no pierde bocado... ¡Y para lo que le aprovecha! Ni siquiera puede engordar, el desgraciado, de tan roído como está por la perversidad...

Habiase acercado a la ventana, desde la cual vió a Florencio que atravesaba la calle de Rambuteau, para dirigirse a la pescadería. La llegada de pescado era desbordante aquella mañana y las cestas ofrecían grandes jaspeados de plata, las subastas retumbaban. Lisa siguió los puntiagudos hombros de su cuñado, que entraba en los fuertes olores de los Mercados, con el dorso encorvado, con aquella náusea del estómago que le subía a las sienas; y la mirada con que Lisa le seguía era de una combatiente, de mujer resuelta al triunfo.

Cuando Lisa se volvió, Quénu se levantaba. En camisa, con los pies en la suavidad de la alfombra, caliente aún con el agradable calor del edredón, estaba descolorido, afligidísimo por la falta de avenencia entre su hermano y su mujer. Pero Lisa tuvo una de sus hermosas sonrisas. Le conmovió mucho al darle los calcetines.

V

Marjolin fué hallado en el mercado de los Inocentes, en un montón de coles, debajo de una col blanca, enorme, una de cuyas grandes hojas ocultaba su rosada carita de niño dormido. Siempre se ignoró qué mano miserable le había puesto allí. Era ya un ciudadanillo de dos a tres años, muy gordo, muy satisfecho de vivir, pero tan poco precoz, tan atrasado, que apenas chapurreaba unas cuantas palabras y no sabía más que sonreír. Cuando una vendedora de legumbres le descubrió debajo de la gran col blanca, exhaló tal grito de sorpresa que las vecinas acudieron, maravilladas; y el niño tendía las manos, arrollado en un pedazo de colcha. No pudo decir quién era su madre. Tenía los ojos espantados y se aferraba al hombro de una tripera gorda que le había cogido en brazos. Hasta la noche, el niño fué el tema de las conversaciones del mercado. Se había tranquilizado, y comía rosquillas, sonriendo a todas las mujeres; la tripera gorda lo conservó consigo; después pasó a una vecina; un mes más tarde, dormía en casa de la tercera. Cuando le preguntaban: “¿Dónde está tu madre?” el niño hacía un ademán en-

cantador; su mano daba una vuelta, mostrando a todas las vendedoras a la vez. Fué el niño de los Mercados, siguiendo las faldas de una o de otra, hallando siempre un rinconcito en cada cama, comiendo la sopa un poco en cada parte, vestido a la gracia de Dios, y poseyendo, no obstante, unos sueldos que guardaba en el fondo de sus agujereados bolsillos. Una hermosa muchacha, roja, que vendía flores artificiales, le había llamado Marjolin, sin que se supiera por qué.

Iba Marjolin a cumplir cuatro años, cuando la tía Chantemesse tuvo a su vez el hallazgo de una niñita, en la acera de la calle de San Dionisio, en un ángulo del mercado. La niña podía tener dos años, pero ya charlaba como una cotorra, comiéndose las palabras con su balbuceo infantil; tanto que la tía Chantemesse creyó comprender que se llamaba Cadina y que su madre, la noche anterior, la había dejado sentada en un portal, diciéndole que la esperase. La niña había dormido allí; no lloraba, y contaba que le pegaban. Después, siguió a la tía Chantemesse muy contenta, encantada por aquella gran plaza, en que había tanta gente y tantas legumbres. La tía Chantemesse, que vendía al menudeo, era una digna mujer, muy bruscota, que frisaba ya en los sesenta; adoraba a los niños, pues había perdido tres varoncitos en la cuna. Pensaba que "aquella moscona era demasiado mala hierba para reventar", y adoptó a Cadina.

Pero una noche, cuando la tía Chantemesse se marchaba, llevando a Cadina de la mano derecha, Marjolin le cogió sin ceremonias la mano izquierda.

—¡Eh, muchacho!—dijo la vieja deteniéndose.—La plaza está tomada... ¿No estás ya con

Teresa la gorda? Eres un famoso correntón, ¿sabes?

Marjolin la miraba sonriendo, y sin soltarla. La tía Chantemesse no pudo seguir regañona; tan lindo era el niño y tan rizado tenía el cabello. Murmuró:

—Vamos, venid, arrapiezos... Os acostaré juntos.

Y llegó a la calle de la Manteca, en donde vivía, con un niño en cada mano. Marjolin se quedó en casa de la tía Chantemesse. Cuando él y Cadina armaban demasiado ruido, la vieja les soltaba algunos sopapos, dichosa por poder gritar, por incomodarse, por lavarles, por meterlos bajo las mismas sábanas. Había preparado una camita en un carretón viejo de vendedor ambulante, al que faltaban las ruedas y las varas. Era como una cuna ancha, un poco dura, oliendo aún a las legumbres frescas que había llevado tanto tiempo bajo trapos mojados. Cadina y Marjolin durmieron allí, a los cuatro años, uno en brazos del otro.

Entonces crecieron juntos, y se les vió siempre cogidos de la cintura. Una noche les oyó la tía Chantemesse hablando en voz baja. La aflautada voz de Cadina, durante horas enteras, contaba cosas sin fin, que Marjolin escuchaba con apagados asombros. Cadina era muy mala, inventaba cuentos para darle miedo, le decía que, la noche anterior, había visto un hombre todo blanco, al pie de su lecho, que les contemplaba, sacando la lengua roja y enorme. Marjolin sudaba de angustia y le preguntaba detalles; y Cadina se burlaba de él y acababa por llamarle "animalote". Otras veces, no se estaban quietos y se daban de puntapiés bajo las sábanas; Cadina retiraba las piernas, y ahogaba sus risas cuando Marjolin, con toda su fuerza no le toca-

ba e iba a pegar en la pared. Aquellas veces era preciso que la tía Chantemesse se levantara para arreglarles las sábanas; y los dormía a los dos a pescozones sobre la almohada. De esta suerte, la cama fué de mucho tiempo para los niños un lugar de recreo; a ella se llevaban sus juguetes, y en ella se comían zanahorias y nabos robados; cada mañana, su madre adoptiva se quedaba muy sorprendida al ver objetos extraños, piedras, hojas, corazones de manzanas, muñecas hechas con pedazos de trapos. Y en los días de grandes fríos les dejaba allí, dormidos, las greñas negras de Cadina confundidas con los bucles rubios de Marjolin, y las bocas tan cerca una de otra, que parecían darse mutuo calor con su aliento.

Aquella habitación de la calle de la Manteca era un gran desván destartalado y alumbrado por una sola ventana de vidrios deslucidos por las lluvias. Los niños jugaban allí al escondite, en el alto armario de nogal y bajo el lecho colosal de la tía Chantemesse. Había también dos o tres mesas, bajo las cuales andaban ambos a gatas. Era encantador, porque no había claridad apenas y porque había legumbres abandonadas en los oscuros rincones. La calle de la Manteca era también muy divertida; estrecha, poco frecuentada y con su gran arcada que se abre a la calle de la Lencería. La puerta de la casa estaba al lado mismo de la arcada; una puerta baja, cuya hoja se abría sólo a medias para dar paso a los grasientos peldaños de una escalera de caracol. Aquella casa de tejadillo, sombría y húmeda, con su alero de plomos en cada piso, era también un juguete grande. Cadina y Marjolin pasaban mañanas enteras tirando piedras desde abajo, de modo que cayesen en los plomos del alero; las piedras bajaban entonces a lo largo de los

tubos de desagüe, haciendo un ruido divertidísimo. Pero rompieron dos cristales y llenaron los tubos de piedra hasta tal extremo, que la tía Chantemesse, que habitaba la casa desde hacía cuarenta y tres años, estuvo a punto de que le presentasen el desahucio.

Cadina y Marjolin la emprendieron entonces con los carromatos, los cochecillos y los camiones que se detenían en la desierta calle. Montábanse sobre las ruedas, se columpiaban en los extremos de las cadenas, escalaban las cajas, las cestas amontonadas. Los almacenes traseros de los tenderos de las calles de la Alfarería abrían allí anchas salas oscuras, que llenaban y vaciaban en un día, abriendo a cada momento nuevos agujeros encantadores, escondrijos en que los pilluelos se quedaban absortos por el olor de las frutas secas, de las naranjas, de las manzanas frescas. Después se cansaban, e iban de nuevo al lado de la tía Chantemesse, en el gran cuadrado de los Inocentes. Llegaban allí cogidos del brazo, atravesando las calles entre carcajadas, por medio de los vehículos, sin temor de que les aplastasen. Conocían el empedrado, y hundían las piernecitas hasta las rodillas en las hojas de las legumbres; no resbalaban, y se reían de lo lindo cuando algún carretero de gruesos zapatos se caía de espaldas por haber pisado algún troncho de alcachofa. Eran los diablos familiares y rosados de aquellas grasientas calles. No se veía más que a ellos. En los días de lluvia, se paseaban gravemente, bajo un inmenso quitasol hecho jirones, con el cual había protegido su mercancía, por espacio de veinte años, la vendedora al menudeo; los niños lo plantaban gravemente en una esquina del Mercado, y decían que aquello era su casa. Los días de sol, correteaban hasta el punto de que no

se podían mover al llegar la noche; bañábanse los pies en la fuente, hacían exclusas cerrando los canalillos, se escondían bajo montones de legumbres, y permanecían allí, al fresco, charlando como por la noche en la cama. A menudo se oía salir, al pasar al lado de una montaña de lechugas o de coles, un cuchicheo apagado. Cuando separaban las verduras, veían a los niños tumbados uno al lado del otro sobre su lecho de hojas, con la mirada viva e inquietos como pájaros descubiertos en el fondo de una maleza. Ya Cadina no podía vivir sin Marjolin, y Marjolin lloraba cuando perdía a Cadina. Si por casualidad llegaban a separarse, se buscaban mutuamente detrás de todas las faldas de los Mercados, en las cajas, debajo de las coles. Sobre todo entre las coles fué donde crecieron y se amaron.

Marjolin iba a cumplir ocho años, y seis Cadina, cuando la tía Chantemesse les echó en cara la vergüenza de su pereza. Les dijo que los asociaba a su venta al menudeo; y les prometió un sueldo cada día si le querían ayudar a limpiar sus legumbres. En los primeros días, los muchachos demostraron hermoso celo; colocábanse a ambos lados del cesto, con sendos cuchillos estrechos, y muy atentos al trabajo. La tía Chantemesse tenía la especialidad de las legumbres limpias y preparadas; tenía, sobre la mesa cubierta con un pedazo mojado de lana negra, hileras de patatas, de nabos, de zanahorias, de cebollas blancas, dispuestas de cuatro en cuatro, en pirámide, tres por la base y una en la cúspide, ya en situación de ser hechadas a las cacerolas de las compradoras retrasadas. También tenía manojos atados para el cocido; cuatro puerros, tres zanahorias, dos nabos y dos pedacitos de apio; sin hablar de las hierbas de sopa

frescas, cortadas muy delgadas en hojas de papel; coles cortadas en cuatro partes, montones de tomates y rodajas de calabaza, que ponían estrellas rojas y lunas de oro en la blancura de las otras legumbres lavadísimas. Cadina se mostró mucho más hábil que Marjolin, aunque era más joven; les quitaba a las patatas una mondadura tan delgada, que se podía ver al través de ella; ataba los manojos para el cocido de un modo tan singular, que parecían ramilletes, y en fin, sabía hacer montones pequeños que parecían muy grandes, nada más que con tres zanahorias o tres nabos. Los transeuntes se detenían riendo, cuando Cadina gritaba con su aguda voz de mocosa:

—Señora, señora, venga usted aquí... A dos sueldos el montoncito...

Tenía mucha parroquia, y sus montoncitos eran conocidísimos. La tía Chantemesse, sentada entre los dos niños, se reían con risa interior, que le hacía subir el pecho hasta la barba, al verles tan serios y tan aplicables al trabajo. Les daba religiosamente el prometido sueldo diario. Pero los montoncitos de legumbres acabaron por aburrirles. Iban creciendo en edad, y pensaban en comercios más lucrativos. Marjolin continuaba siendo niño, lo cual impacientaba a Cadina. Decía ésta que el chico no tenía más ideas que una col. Y lo cierto es que era inútil que ella discurriese por él medios de ganar dinero, porque Marjolin no lo ganaba, y ni siquiera sabía hacer bien un recado. Ella era todo lo contrario. A los ocho años, se hizo tomar por una de esas vendedoras que se sientan en un banco, alrededor de los Mercados, con una cesta de limones, que toda una bandada de mocosas venden bajo sus órdenes; Cadina ofrecía los limones en la mano, dos por tres sueldos, corrien-

do tras los transeuntes, poniendo su mercancía bajo las narices de las mujeres, y volviendo por más limones en cuanto se quedaba con las manos vacías; cobraba dos sueldos por docena, lo cual le hacía ganar, en el buen tiempo, hasta cinco y seis sueldos diarios. Al año siguiente, vendió gorros a nueve sueldos; la ganancia era mayor; sólo que era preciso andar listo, porque están prohibidos esos comercios a la intemperie; Cadina olía a cien pasos a los agentes de policía, y entonces los gorros desaparecían entre sus faldas, en tanto que se zampaba una manzana, con aspecto inocentísimo. Después vendió pasteles, galletas, tortas de cerezas, rosquillas, bizcochos de maíz, espesos y amarillos, en cañizos de mimbre; pero Marjolin se le comió la mercancía. Por fin, a los once años, realizó una gran idea que la atormentaba mucho tiempo hacía. Economizó cuatro francos en dos meses; compró un pequeño cuévano y se puso a vendedora de comida para los pájaros.

Era un gran negocio. Cadina se levantaba muy temprano, y compraba a los vendedores al por mayor su provisión de mijo en rama, de alpiste, de cañamones; después partía, pasaba el río, recorría el barrio Latino, desde la calle de Saint-Jacques a la calle Dauphine y hasta el Luxemburgo. Marjolin la acompañaba. Pero Cadina no quería ni aun que llevase el cuévano; decía que el chico no servía más que para pregonar; y Marjolin gritaba con acento grueso y lento:

—¡Alpiste para los pajaritos!

Y Cadina repetía con notas de flauta, y con una extraña frase musical que acababa por una nota pura y afilada, muy alta:

—¡Alpiste para los pajaritos!

Iban cada cual por una acera, mirando al aire. En aquella época, Marjolin llevaba un gran

chaleco rojo que le bajaba hasta las rodillas; el chaleco del difunto tío Chantemesse, que había sido cochero de punto; Cadina llevaba un traje de Cuadros azules y blancos, cortado de un manto viejo de la tía Chantemesse. Los jilgueros de todas las guardillas del barrio Latino les conocían. Cuando pasaban, repitiendo su pregón, lanzándose mutuamente el eco de su grito, las jaulas cantaban.

Cadina vendió también berros. “¡A dos sueldos el manojo! ¡A dos sueldos el manojo!” Y era Marjolin el que entraba en las tiendas para ofrecer “el buen berro de fuente, la salud del cuerpo”. Pero los Mercados centrales acababan de ser construidos; la pequeña se quedaba en éxtasis ante la calle de flores que atraviesa el pabellón de las frutas. Allí, a lo largo los puestos de venta, como arriates a ambos bordes de un sendero, florecían, ostentando grandes ramos; era una cosecha olorosa, de espesos setos de rosas, entre las cuales gozan pasando las muchachas del barrio, sonrientes, algo asfixiadas por el perfume fuerte en demasía; y en lo alto de los escaparates, hay flores artificiales, follajes de papel en los que las gotas de goma imitan las gotas de rocío, coronas de cementerio de perlas negras y blancas que se jaspían de reflejos azules. Cadina abría la rosada nariz con sensualidades de gata; se detenía en aquella frescura dulce, y se llevaba todo el perfume que podía. Cuando ponía el moño bajo las narices de Marjolin, decía éste que olía a claveles. La niña juraba y perjuraba que no se ponía ya pomada y que bastaba pasar por la calle de las flores. Después, se las arregló de tal suerte que logró entrar al servicio de una de las floristas. Entonces, Marjolin halló que Cadina olía bien desde los pies a la punta del cabello.

La chica vivía, entre las rosas, las lilas, los alhelios, los claveles. El, al olerle la falda, largamente, como por juego, parecía buscar y acababa por decir: "Esto huele a clavel". Subía a la cintura, al busto, y resollando más fuerte: "Esto huele a alhelí". Y en las mangas, en el borde de los puños: "Esto huele a lilas". Y en la nuca, alrededor del cuello, en las mejillas, en los labios: "Etto huele a rosas". Cadina se reía, le llamaba majadero y le gritaba que la dejase en paz, porque le hacía cosquillas con la punta de la nariz. Su aliento era de jazmín. Era un ramillete tibio y viviente.

A la sazón, la pequeña se levantaba a las cuatro, para ayudar a su ama en las compras. Cada mañana, eran brazadas de flores compradas a los horticultores de la barrera, manojos de musgo, de hojas de helechos y de pervincas para rodear los ramilletes. Cadina se quedaba maravillada ante los brillantes y los encajes que llevaban las hijas de los grandes jardineros de Montreuil, que llegaban en medio de sus rosas. En los días de Santa María, de San Pedro, de San José, de los santos patronímicos muy celebrados, la venta comenzaba a las dos; en el mercado se vendían más de cien mil francos de flores cortadas; las revendedoras ganaban en pocas horas hasta doscientos francos. En tales días, Cadina no dejaba de ver más que los mechones rizados de sus cabellos por cima de los manojos de pensamientos, de resedá, de margaritas; estaba como anegada, perdida entre las flores; todo el día estaba montando ramilletes sobre varitas de junco. En algunas semanas había llegado a adquirir habilidad y una gracia muy original. Sus ramilletes no agradaban a todo el mundo; hacían sonreír, e inquietaban por cierto aspecto de ingenuidad cruel. En ellos dominaban los rojos, cortados por tonos violentos, azules,

amarillos, violetas de un encanto bárbaro. Las mañanas en que pellizcaba a Marjolin, en que le mareaba hasta hacerle llorar, hacía Cadina ramilletes feroces, ramilletes de muchacha rabiosa, de aromas rudos, de colores irritados. Otras mañanas, cuando se sentía enternecida por alguna pena o por alguna alegría, hallaba ramilletes de gris plateado, muy suaves, velados, de olor discreto. Después, ponía rosas, mandando sangre como corazones abiertos, en lagos de claveles blancos; leonados gladiolos, que sabían en penachos de ramas entre verdores borrosos; alfombras de Smyrna, de complicados dibujos, hechos flor a flor, lo mismo que sobre un cañamazo; abanicos jaspeados, que se abrían con suavidades de encaje; purezas adorables, ensueños para ponerlos en manos de sardineras y de marquesas; torpezas de virgen y ardores sensuales de ramera, toda la fantasía exquisita de una chiquilla de doce años en la cual se despertaba la mujer.

No respetaba Cadina más que dos cosas; respetaba a las lilas blancas, cuyo manojito de ocho a diez ramas cuesta, en invierno, de quince a veinte francos; y respetaba a las camelias, más caras aún, que llegan por docenas, en cajas, tendidas sobre un lecho de musgo y cubiertas por una capa de algodón. Cogíalas Cadina como si hubiera cogido joyas, delicadamente, sin respirar, por temor de estropearlas de un soplo; después, con infinitas precauciones, ataba sus cortos tallos a las briznas de junco. Hablaba de ellas con gran seriedad. Decía a Marjolin que una hermosa camelia blanca, sin picadura, ni mancha, era una cosa rara, bellísima. Un día en que le hacía admirar una, exclamó el muchacho:

—Si, es muy bonita, pero me gusta más lo bajo de tu barbilla, aquí, en este sitio; es muchísi-

mo más suave y más transparente que tus camelias... Tiene unas venitas azules y rosas que parecen de flor...

Y la acariciaba con la yema de los dedos; después acercó la nariz murmurando:

—¡Toma! Hoy hueles a azahar.

Cadina tenía muy mal genio. No se avenía con el papel de criada. De modo que acabó por establecerse por su cuenta. Como entonces tenía trece años y no podía pensar en el gran comercio, un puesto de venta en la calle de las flores, vendió ramitos de violetas de un sueldo, colocados sobre un lecho de musgo, en una bandeja de mimbre que llevaba suspendida del cuello. Todo el día rodaba por los Mercados, y alrededor de los Mercados, paseando su pedacito de arriate. Aquello era su gran alegría; aquellos paseos continuos, que la desentumecían las piernas, sacándola de aquellas horas pasadas haciendo ramilletes, con las rodillas dobladas, sobre una caja pequeña. Ahora, al andar, daba vueltas a las violetas con maravillosa ligereza de dedos; contaba seis u ocho flores, según la estación, doblaba en dos una brizna de junco, añadía una hoja y liaba un hilo mojado; y con sus dientes de lobeño cortaba el hilo. Los ramitos parecían brotar por sí solos en el musgo de la bandeja; tan deprisa los plantaba allí. A lo largo de las aceras, en medio de los codazos de la calle, sus dedos rápidos florecían, sin que ella lo mirase, con la cabeza levantada descaradamente y mirando las tiendas y los transeuntes. Después, reposaba un instante en el hueco de algún portal; ponía con su presencia, en el borde de los canalillos, grasientos por las aguas de los lavados, un punto de primavera, un lindero de bosque de azuladas hierbas. Sus ramitos conservaban su mal humor y sus ternuras; los ha-

bía erizados, terribles, que no se desharian en sus arrugados cucuruchos; otros eran apacibles, amorosos, sonriendo en el fondo de su limpio cerco. Cuando pasaba dejaba un aroma suave. Marjolin la seguía con beatitud. De pies a cabeza ya no exhalaba Cadina más que un perfume. Cuando el muchacho la cogía recorriendo con la nariz desde las faldas hasta el cuerpo, desde las manos a la cara, decía que Cadina no era más que una violeta, una violeta grande. Hundía allí la cabeza y repetía:

—¿Te acuerdas del día que fuimos a Romainville? Es lo mismo lo mismo que aquéllo, sobre todo aquí en la manga. No cambies ya más, Cadina. Hueles ahora hasta demasiado bien.

No cambió más. Fué su último oficio. Pero los dos niños iban creciendo, y a veces Cadina se olvidaba de su bandeja para corretear por el barrio. La construcción de los Mercados centrales fué para ellos un motivo continuo de escapatorias. Penetraban hasta el centro de los talleres por alguna brecha de las cercas de tablas; bajaban hasta los cimientos, se encaramaban a las primeras columnas de hierro colado. Entonces fué cuando dejaron algo de sí mismos, de sus juegos, de sus riñas, en cada hueco, en cada armazón. Los pabellones se fueron elevando bajo sus manecitas. De allí arrancaron las ternuras que les inspiraron siempre los grandes Mercados, y las ternuras que los grandes Mercados les devolvieron. Habíanse familiarizado con aquel barco gigantesco, como viejos amigos que habían visto poner cada una de sus piezas. No tenían miedo al monstruo, y con el delgado puño golpeaban su enormidad, tratándole como a un buen chico, como a un camarada con quien no necesita uno reprimirse. Y los Mercados parecían sonreír al ver a aquellos dos arrapiezos, que

eran la canción libre, el idilio descarado de su gigantesco vientre.

Ya no dormían juntos Cadina y Marjolin, en casa de la tía Chantemesse, en el carretón del vendedor ambulante. La vieja, que seguía oyéndoles charlar por las noches, hizo una cama aparte para el niño, en el suelo, delante del armario; pero, a la mañana siguiente, se lo encontró abrazado al cuello de la niña, bajo las mismas sábanas. Entonces le acostó en casa de una vecina. Esto hizo muy desgraciados a los niños. Durante el día, cuando la tía Chantemesse no estaba allí, se volvían a abrazar, completamente vestidos, y abrazados se tendían en el suelo como en una cama; y esto les divertía mucho. Más tarde, pillaron, buscando los negros rincones de la habitación, y se ocultaron más a menudo en el fondo de los almacenes de la calle de la Manteca, detrás de los montones de manzanas y de las cajas de naranjas. Eran libres y sin vergüenza, como los gorriones que se aparejan en el borde de un techo.

En el sótano del pabellón de los volátiles fué donde encontraron medio de seguir acostándose juntos. Era una costumbre dulce, una sensación de calor agradable, una manera de dormirse el uno contra el otro, que no podían perder. Había allí, cerca de las mesas de la matanza, grandes cestos de plumas, en los que estaban muy cómodamente. En cuanto caía la noche, bajaban al sótano, y en él permanecían toda la velada, calentitos, felices por la blandura de aquel lecho, cubiertos de plumas hasta los ojos. Generalmente, arrastraban la cesta de las plumas hasta ponerla lejos del gas; estaban solos, en medio de los olores fuertes de las aves, y les tenían despiertos los bruscos cantos de gallos que salían de la sombra. Y se reían, y se besa-

ban, llenos de una amistad vivísima que no sabían cómo demostrarse. Marjolin era muy tonto. Cadina le pegaba, asaltada de cólera contra él, sin saber por qué. Ella le despabilaba con sus salidas de muchacha callejera. Lentamente, en los cestos de plumas, aprendieron más. Era un juego. Las gallinas y los gallos que dormían al lado de ellos no tenían más hermosa inocencia.

Más tarde, llenaron los grandes Mercados con sus amores de despreocupados gorriones. Vivían como animalillos felices, abandonados al instinto, satisfaciendo sus apetitos en medio de aquellos montones de víveres en los cuales habían crecido como plantas todas de carne. Cadina, a los diez y seis años, era muchacha desatada, una bohemía negra del arroyo, muy ansiosa y muy sensual. Marjolin, a los diez y ocho años, tenía la adolescencia, ventruda ya, de un hombre gordo, la inteligencia nula, y no vivía más que por los sentidos. Cadina se levantaba muy amenudo de su lucho para pasar la noche con él, en el sótano de las aves; reíase descaradamente en las narices de la tía Chantemesse, al día siguiente de sus escapatorias, esquivando la escoba con la cual la vieja pegaba a diestro y siniestro en la habitación, sin alcanzar nunca a la picarona, que se burlaba con singular desvergüenza, diciendo que había velado "para ver si le salían cuernos a la luna". El, Marjolin, vagabundeaba; las noches en que Cadina le dejaba solo, se quedaba con el ordenanza de guardia en los pabellones; dormía encima de sacos, encima de cajas, en el fondo de la primera esquina que veía. Ambos acabaron por no salir nunca de los Mercados. Estos fueron su jaula, su establo, el comedero colosal en que dormían, se amaban y vivían, sobre un lecho inmenso de carnes, de mantecas, de legumbres.

Pero siempre conservaron una amistad particular a los grandes cestos de plumas. En las noches de ternura volvían a ellos. Las plumas no estaban escogidas. Había largas plumas negras de pava y plumas de ganso, blancas y lisas, que les hacían cosquillas en las orejas cuando rebullían; además, había las plumas pequeñas del pato, en donde se hundían como en algodón, plumas livianas de gallinas, doradas, pintorreadas, de las cuales levantaban un vuelo a cada soplo, semejante a un enjambre de moscas durmiendo al sol. En invierno se acostaban también sobre la púrpura de los faisanes, sobre la ceniza gris de las alondras, sobre lo mosqueada seda de las perdices, de las codornices, y de los tordos. Las plumas parecían aún vivientes, con olor tibio. Entre los labios de ellos ponían estremecimientos de alas, calores de nido. Parecíanles un gran dorso de pájaro, sobre el cual se extendían, y que se los llevaba, extático en brazos uno de otro. Por las mañanas, Marjolin buscaba a Cadina, perdida en el fondo del cesto, como si hubiera nevado sobre ella. La muchacha se levantaba desgreñada, se sacudía, salía de una nube, con el moño en el que siempre quedaba clavada alguna pluma de gallo.

Hallaron otro lugar de delicias; en el pabellón de la venta al por mayor de las mantequillas, de los huevos y de los quesos. Cada mañana se amontonaban en él enormes paredes de cestas vacías. Ambos se deslizaban allí, agujereaban el muro y se abrían un escondrijo. Después, cuando habían practicado una alcoba en el montón, colocaban otra cesta y se encerraban. Entonces estaban en su casa, tenían un domicilio. Y se abrazaban impunemente. Lo que les hacía burlarse del mundo era el que sólo unos débiles tabiques de mimbre les separaban de la multitud

de los Mercados, cuya fuerte voz oían en torno de ellos. A menudo, se morían de risa cuando algunas personas se detenían a dos pasos, sin sospechar que estaban allí, abrían aspilleras y echaban una mirada. Cadina, en la época de las cerezas, lanzaba los cuescos a la nariz de todas las viejas que pasaban, lo cual les divertía tanto más cuanto que las viejas, asustadas, no adivinaban nunca de dónde partía aquella granizada de cuescos.

También iban al fondo de los sótanos, cuyos huecos de sombra conocían, porque sabían atravesar las rejas mejor cerradas. Una de sus grandes empresas era la de penetrar en la vía del ferrocarril subterráneo, abierto en el subsuelo, y que unas líneas proyectadas habían de unir con diferentes estaciones; ramales de aquella vía pasan bajo las calles cubiertas, separando los sótanos de cada pabellón. Hasta planchas giratorias hay ya en todas las encrucijadas, dispuestas a funcionar. Cadina y Marjolin habían acabado por descubrir, en la valla de tablonos que impide el acceso a la vía, un pedazo de madera menos sólido, que habían conseguido hacer movable, de manera que entraban allí con toda comodidad. Allí estaban separados de todo el mundo, sintiendo en lo alto las incesantes pisadas de París. La vía férrea extendía sus calles, sus galerías desiertas, manchadas de luz bajo las claraboyas con rejas de hierro fundido; en los puntos negros ardían mecheros de gas. Los muchachos se paseaban como en un castillo de su propiedad, seguros de que nadie les estorbaría, felices por aquel silencio zumbador, por aquellas luces inciertas, por aquella discreción de subterráneo, en donde sus amores de niños burlones tenían entretenimientos de melodrama. De los vecinos sótanos, al través de las

vallas, les llegaba toda clase de olores; la insipidez de las legumbres, la aspereza del pescado, la rudeza pestilencial de los quesos, el calor viviente de las aves. Eran continuas ráfagas alimenticias que aspiraban entre sus besos, en la alcoba de sombra en que se quedaban absortos, acostados de través sobre los rieles. Después, otras veces, en las hermosas noches, en la alborada clara, se encaramaban a los techos, trepando por las pendientes escaleras de las torrecillas, colocadas en los ángulos de los pabellones. Allá arriba se extendían campos de zinc, paseos, playas, toda una campiña accidentada, de la que eran únicos dueños. Daban la vuelta a las cuadradas techumbres de los pabellones, recorrían los alargados tejados de las calles cubiertas, subían y bajaban las cuestas, perdiéndose en viajes sin fin. Cuando estaban ya cansados de las tierras bajas, iban aún más arriba, arriesgándose por las escaleras de hierro, en las que las faldas de Cadina flotaban como banderas. Entonces recorrían el segundo piso de los techos, en pleno cielo. Encima de ellos no había más que las estrellas. Del fondo de los sonoros Mercados, ascendían rumores, ruidos rodantes, una tempestad a lo lejos oída por la noche. A aquella altura, el viento matutino barría los averiados olores, las emanaciones malsanas del despertar de los Mercados. Cuando se levantaba el sol, en el borde de los canalones, Marjolin y Cadina juntaban las bocas, como los pájaros el pico, picardeando bajo las tejas. Estaban encendidos por los primeros destellos rojos del sol. Cadina se reía de estar en el aire, con la garganta jaspeada, parecida a la de una paloma. Marjolin se inclinaba para ver las calles llenas aún de tinieblas, con las manos apretando el zinc como patas de paloma torcaz. Cuando bajaban,

con la alegría del aire libre, sonriendo como enamorados que salen con las ropas descompuestas de un silo de trigo, decían que regresaban del campo.

En la tripería fué donde trabaron conocimiento con Claudio Lantier. Allí iban cada día, con la afición a la sangre, con la crueldad de pilluelos que se divierten viendo cabezas cortadas. Alrededor del pabellón, los canalillos fluyen rojos; en ellos metían la punta del pie, empujando montones de hojas que los obstruían y formaban sangrientos pantanillos. La llegada de los despojos de las reses en carromatos que hieden y que son lavados con mucha agua, les interesaba. Contemplaban la descarga de los paquetes de pies de carnero, que se amontonan en tierra como adoquines sucios, las grandes lenguas rígidas mostrando los sangrientos desgarrones de las gargantas, los corazones de buey sólidos y desprendidos como campanas mudas. Pero lo que más que nada les ocasionaba un escalofrío a flor de piel, eran los grandes cestos que sudan sangre, llenos de cabezas de carneros, con los cuernos grasientos, negro el hocico, ostentando pendientes aún de las carnes vivas jirones de la muda piel; Marjolin y Cadina pensaban en alguna guillotina que arrojara en los cestos las cabezas de interminables rebaños. Seguíanles hasta el fondo del sótano, a lo largo de los rieles puestos sobre los peldaños de la escalera, y escuchando el ruido de las ruedecillas de aquellos vagones de mimbre, que tenían un chirrido como el de una sierra. Abajo, había para ellos un horror exquisito. Entraban en un olor de carnes conservadas, y andaban en medio de sombrías charcas, en las que a trechos parecían encenderse unos ojos de púrpura; pegábanseles las suelas de los zapatos y chapoteaban, inquietos,